



Conseguidora

Pablo Ferradas



DiQueSí



1

MIS PADRES

A VECES

SE EQUIVOCAN!

Tenían razón cuando me decían: “Leonor, no pases por el Vertedero”. También la tenían al enseñarme que debemos ayudar a las personas necesitadas. Pero ¿qué pasa cuando la persona necesitada se encuentra en uno de los callejones del Vertedero? No se trata de un vertedero de verdad, de esos llenos de bolsas malolientes y alimañas que corretean entre objetos que pinchan y cortan. Así es como llamamos a la zona más peligrosa y oscura del barrio de Madrid donde vivo. Un lugar habitado por personas extrañas y donde los chavales que se han atrevido a desafiar sus calles han salido de ellas con mucho miedo y pocas pertenencias.

No me considero una chica desobediente, pero mi casa está a un par de manzanas de ese lugar temible, y los lamentos se escuchaban desde el comercio al que había bajado a comprar pan para la cena.

Pensé que se trataba de un gato lastimero y me acerqué a ver si era capaz de encontrarlo y averiguar qué le pasaba. Al haberme criado tan cerca del Vertedero no me da tanto miedo internarme

en sus callejones como a mis compañeros de clase... o como a sus padres, que nunca les dejan venir a estudiar o a jugar a casa. Pero los quejidos provenían del interior de sus callejuelas, y una cosa es no tener miedo a acercarme y otra muy diferente tener el valor necesario para perderme por uno de esos corredores tenebrosos.

El problema surgió cuando los maullidos comenzaron a transformarse en palabras, articuladas con dificultad y expresadas en un tono quejumbroso. No era un gato quien necesitaba ayuda.

Envolví el pan con la bolsa de papel y lo agarré como si fuera un garrote. Esperaba que en la oscuridad pareciera un arma mucho más amenazadora que una simple barra caliente, y que si alguien pretendía hacerme daño, se lo pensara dos veces.

Había llovido por la mañana y mis deportivas hacían un ruido repugnante a cada paso que daba hacia el bulto del que provenían los lamentos: una sombra tirada entre charcos a un lado del callejón; una madeja de ropa enorme que se volvió hacia mí de repente, me hizo dar un brinco del susto y triturar el pan bajo mis dedos.

La mujer tenía el rostro pálido y me miraba con ojos desenfocados. Sonreía con expresión bobalicona, mostrando una dentadura perfecta. El color de sus labios apenas se diferenciaba de la palidez del rostro. En las clases de primeros auxilios nos habían señalado que aquel podría ser un signo de emergencia por hipotermia.

Destrocé aún más la barra de pan al colocármela bajo la axila y saqué el móvil del bolsillo de los vaqueros, dispuesta a llamar a emergencias.

—No te molestes, niña. —La anciana sorbió por la nariz.

—No se preocupe, estoy pidiendo ayuda.

Di un paso hacia ella, pero levantó una mano de dedos largos y detuvo mi gesto.

—No te acerques o se te estropeará el teléfono. Malditos ingenios del infierno que os traen locos a los jóvenes —refunfuñó—. Yo se lo quité todo, y ahora me odia. —Su voz se quebró.

—Emergencias, ¿dígame? —La voz del operador poseía una musicalidad casi mecánica.

—Buenas noches, llamo desde el Vertedero... desde la calle Rinconeras. Hay una anciana en el suelo que necesita ayuda. Envíen a alguien, por favor.

—¿Has dicho *anciana*? —La mujer se rebulló debajo del montón de ropa y se irguió muy tiesa.

—¿Habla? —preguntó la voz al teléfono.

—Sí.

—¿Se ha caído?

—No sé, estaba así cuando llegué... Creo que está muy... perjudicada.

—¿Puede preguntarle si se ha caído? —El operador utilizaba un tono con el que igual podría haberle pedido que sacara la mano para comprobar si llovía.

—¿Qué más da? ¡Es una anciana tirada en un callejón encima de unos charcos! ¿Pueden enviar a alguien, por favor?

—¿A quién llamas *anciana*, jovencita? —se quejó la señora.

—Es mejor que permanezca tranquila. ¿Puede acercarse y preguntarle si se ha caído? —insistió.

El operador no parecía que fuera a cambiar su actitud de falta de urgencia, así que accedí a hacer lo que me pedía. Quizá de esa manera todo se solucionara más rápido. Pero lo único que sucedió fue que, al aproximarme a la mujer, la pantalla del móvil comenzó a parpadear, la imagen rieló y finalmente se apagó.

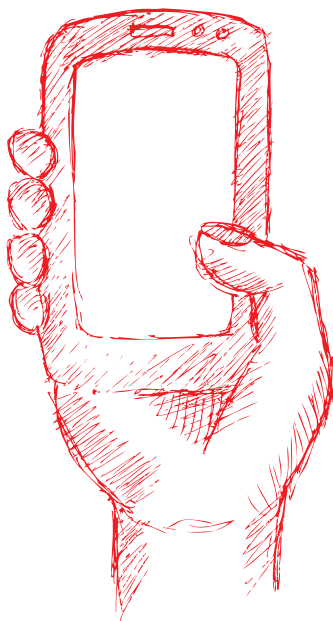
—Te avisé de que no te acercaras a mí con esa cosa —rio la anciana mientras yo trataba de encender de nuevo el móvil—. Déjalo, no te molestes. Es uno de los inconvenientes de la magia. Ha sido así durante siglos y así será. Más vale hacerse a la idea.

—Creo que necesita ayuda. Si me permite... —Aproveché que la mujer parecía más serena y le palpé la frente. A pesar de la palidez, su piel estaba muy caliente. Mi mano quedó impregnada de un sudor pegajoso con olor a verdura podrida—. Mire, vivo cerca. Iré a mi casa y llamaré otra vez.

La mujer me agarró con fuerza de la muñeca. Con la otra mano, extrajo de algún rincón de su abrigo lo que parecía una libreta con cubiertas de piel y la agitó delante de mi cara.

—Lo he conseguido, los he encontrado a todos. —Guiñó un ojo. Una línea acuosa brillaba bajo el que permanecía abierto.

—¿A quiénes? —me atreví a preguntar, incapaz de zafarme de aquella garra huesuda.



—A los magos de la Orden de Hémera. Mira, aquí están todos.

Me soltó y me tendió el cuaderno. Guardé el móvil, comencé a pasar hojas y descubrí que apenas era capaz de entender nada de lo que había escrito. Todas las páginas comenzaban con el nombre de una persona y terminaban con un número de siete cifras, pero el resto de las hojas eran un galimatías de símbolos angulosos que me recordaban a las escrituras que habíamos estudiado en historia.

—No entiendes nada —afirmó más que preguntó, arrastrando las palabras con aquella lengua pastosa.

—Los nombres sí. Y hay unos números que parecen de teléfono.

—Eres una chica lista. Seguramente con más aptitudes para la magia que muchos de los que proceden de un linaje mágico. No se dan cuenta de que ese don les convierte en seres maravillosos, en magos tan grandes como los que aparecen entre esas páginas. Pero es mucho mejor quejarse todo el día de que no pueden jugar con esos cacharritos. —Señaló el móvil que abultaba en el bolsillo de mi vaquero—. Casi prefería aquella época en la que las únicas quejas provenían de la dificultad de obtener tal o cual ingrediente para sus conjuros.

—¿Me está hablando en serio de magia? ¿De magos? ¿Se ha golpeado la cabeza?

—Y de lo difícil que es ser uno bueno, hija mía. Para hacer magia hay que tener habilidad y buena disposición, como la tuya. —La anciana hablaba con pasión—. Para cualquier conjuro o pócima necesitas elementos que te conecten con lo que quie-

res conseguir. Una sensación física, como una cosquilla. Algún fenómeno natural, como el sonido de un trueno. Un fragmento del mundo material... —Pellizó las telas oscuras que cubrían su cuerpo—. Y otro del inmaterial, gobernado por los sentimientos. Hay más energía mágica en la risa de un bebé que en el terror que provoca un vendaval. Sin olvidar que, cuanto más remotos sean los ingredientes, mayor energía serás capaz de concentrar. ¿Por qué te crees que recitamos los hechizos en lenguas que ya nadie habla? —Alzó una ceja—. Repite “fuego” tres veces y tal vez puedas secarte unos calcetines. Haz lo mismo en griego, con la palabra “piro”, y encenderás una chimenea. Dilo en swahili y tal vez hagas arder un bosque entero. La magia no es un juego, por eso he sido tan dura con él...

La anciana comenzó a sollozar. Después de lo que me había contado, quizá sí había tropezado, se había caído y había completado la noche con un buen golpe en la cabeza. Me puse en cuclillas a su lado y apoyé una mano sobre su hombro para consolarla. Iba a decirle que esperara, que iría a casa a pedir ayuda y regresaría inmediatamente, cuando sonaron los gritos al fondo del callejón.

—¡Eh, tú!

Un par de personas echaron a correr hacia donde estábamos. El chapoteo de sus pasos se acercaba a toda prisa.

—No te quedes aquí, muchacha, vete. —La anciana sacudió con fuerza una de sus manos.

—¿Y usted?

—Vienen a por ti.

Esas palabras me helaron la sangre. Di la vuelta y me lancé a la carrera hacia el otro extremo de la calle, donde me esperaba la luz anaranjada de las farolas. Pero no me detuve allí. Continué corriendo hasta llegar al portal de mi casa, y solo cuando quise buscar las llaves me di cuenta de que llevaba una barra de pan maltrecha bajo el brazo, un móvil inservible dentro el bolsillo

y un cuaderno de piel en la mano.



<https://amzn.to/2VYGwwA>